

XII CONGRESO INTERNACIONAL DE JESUITAS ECUMENISTAS

Un centenar de jesuitas, cuyo trabajo les coloca en una relación más o menos próxima al campo del ecumenismo, han celebrado su XII Congreso en Chantilly del 20 al 25 de julio pasado. Europeos (47) y norteamericanos (21) constituían los grupos más numerosos de participantes, pero todos los continentes se hallaban representados. Igualmente variadas eran sus tareas habituales: profesores de teología, miembros de comisiones interconfesionales, directores o colaboradores de medios de comunicación...

Los orígenes de esta asamblea se remontan a 1966, cuando tuvo lugar la primera de ellas en Schönbrunn (Suiza). Entre tanto se han reiterado, con una regularidad generalmente bienal, en diferentes lugares de Europa, América del Norte y África. Su finalidad no es precisamente la preparación de declaraciones que fueran fruto de un consenso. Más bien se trata de proporcionar una fecunda ocasión de estudiar un tema monográfico, por supuesto en su inflexión ecuménica, y de fomentar el intercambio de experiencias e informaciones sobre esta área. Por otra parte, como recordaba el organizador de la presente edición, P. Bernard Sesboüé, una reunión de este tipo visibiliza de alguna manera el interés corporativo de la orden por el ecumenismo, aunque evidentemente no todos sus miembros actúen directamente dentro de tal ámbito.

Como confirmación oficial de ese interés puede ser considerado el mensaje que el General de la Compañía de Jesús, P. Peter H. Kolvenbach, imposibilitado de asistir, dirigió a los congresistas. Después de recordar cómo los orígenes de la Compañía y sus primeros trabajos apostólicos fueron contemporáneos de las más dolorosas rupturas en el seno de la Iglesia, el General llama la atención sobre ciertas actitudes y cualidades que le parecen indispensables en el compromiso ecumé-

nico. Por una parte, confianza y perseverancia; por otra, con igual necesidad, preparación, madurez humana y una competencia científica específica.

Pero será sobre todo la espiritualidad ignaciana quien ofrezca elementos de inspiración para una tarea de reconocida dificultad, donde los sentimientos de desánimo e impotencia alternan con el consuelo y la alegría al reconocer las riquezas de la fe, quizá insospechadas, en otras iglesias y comunidades cristianas. En efecto, señala el P. Kolvenbach cómo del preámbulo de los *Ejercicios Espirituales* (n. 22) se puede aprender la invitación a la apertura y disponibilidad de la inteligencia y el corazón ante el prójimo, actitud fundamental si se ha de comprender su postura; la confianza capaz de percibir en el interlocutor, aún discrepante, la actuación del Espíritu Santo; la paciencia y perseverancia evangélicas, ancladas en la fe.

Los trabajos de los congresistas se centraron en esta ocasión en torno al tema «*Sentire cum Ecclesia* y la tarea ecuménica actual de la Compañía de Jesús». Las primeras palabras, familiares sin duda a los conocedores de la tradición espiritual ignaciana, aluden condensadamente a las reglas «para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener», con las que concluyen los *Ejercicios Espirituales* (nn. 352-370). Son las sugerencias con las que Ignacio despide al ejercitante, después de haberle hecho pasar por las profundas transformaciones interiores a que le han llevado las grandes meditaciones centrales, y a modo de consecuencia de éstas. Quien ha interiorizado la «llamada del Rey eterno» como una invitación al estrecho seguimiento de Cristo y se siente movido por el deseo de «ser recibido bajo su bandera», advierte cómo esta nueva situación es inseparable de una inserción filial en «la Iglesia, su Esposa», que conlleva sintonía de valoraciones, apropiación personal de praxis y doctrinas.

Pero a su vez, estas reglas pueden ser entendidas, y quizá lo han sido más de una vez, como la fundamentación de un estrechamiento de horizontes, como un medio de intensificar la identificación con la propia Iglesia en el sentido más cerradamente confesional del término. De aquí que las cuatro ponencias principales del congreso pusieran empeño en explicitar el carácter originario del documento y su ubicación en el conjunto de la espiritualidad y la praxis ignaciana, como pasos previos, pero nada superfluos, a la reflexión sobre su capacidad de iluminar la tarea ecuménica de los jesuitas actuales.

El ambiente eclesial del siglo xvi en que las reglas nacieron fue recordado por John W. Padberg, del Instituto of Jesuit Sources de St. Louis, con su trabajo *Ignacio, «sentire cum Ecclesia» y la Santa Sede*. Un tiempo de escándalos y perturbaciones, que

parecía el menos adecuado para recomendar «sentir» con aquella Iglesia. Ignacio de Loyola lo hace, pero su conducta personal muestra qué distante estaba de una obediencia entendida como pacata y servil sumisión a la autoridad: sus oraciones, gestiones y trámites son un modo de colaboración con ésta para el hallazgo común de la voluntad de Dios. Por su parte, la ponencia *Las reglas para sentir con la Iglesia. De las imágenes al texto*, de Philippe Lécrivain, profesor de Filosofía en el Centro Sèvres de París, rechazaba la interpretación de quienes han visto en las reglas una postura predominantemente antierasmiana o contrarreformista, para subrayar la ineludible referencia que permite comprender su alcance: su puesta en relación con otro documento de los *Ejercicios*, las «reglas para el discernimiento de los espíritus».

Bajo el título *Enviados a la viña del Señor*, Víctor Codina, profesor de Teología en el Instituto Superior de Estudios Teológicos de Cochabamba, señalaba la importancia del famoso «cuarto voto» de los jesuitas, por el que la Compañía recibe una especial vinculación a la dimensión universal y misionera de la Iglesia. Y Peter Knauer, igualmente profesor de Teología en la Facultad de Sankt Georgen (Frankfort), hablando sobre «*Sentir con la Iglesia*» después del Vaticano II y la tarea ecuménica de la Compañía de Jesús, deseaba recuperar para la fe su cualidad de unidad esencial, que la hace extensiva a cuantos, plenos del Espíritu, participan en la relación de Jesús con Dios. Desde aquí, todas las explicitaciones ulteriores en formulaciones doctrinales o instituciones particulares tendrían el carácter de «posibilidad necesaria», un concepto que conviene distinguir sólidamente tanto del de «necesidad absoluta» como del de «posibilidad cualquiera».

¿Se pueden recoger desde estas perspectivas algunas aportaciones a la manera de entender y practicar los jesuitas actuales su dedicación más o menos explícita al ecumenismo? Sin que la respuesta a esta pregunta fuera objeto de ninguna declaración conclusiva del congreso, no resulta difícil destacar algunos aspectos, que por otra parte no tienen por qué ser especialmente sensacionales o novedosos. El jesuita, insertado en una Iglesia de vocación universal, comprende su tarea ecuménica como una explicitación de las notas que definen a la comunidad cristiana: comunión y misión. La primera le lleva a tomar eficazmente conciencia de los vínculos que, no sólo jurídicamente, le unen al conjunto de la Iglesia; de la segunda recibe el aliento para hacer de su eclesialidad un servicio más allá de los límites formales de su comunidad.

«Sentir con la Iglesia» se vive entonces en la tensión entre ambos aspectos, que se fecundan, potencian y condicionan reci-

procamente. Y no se entiende como un valor autónomo, aislado de cualquier otra consideración, sino en la necesidad de conciliarlo con un discernimiento espiritual para el reconocimiento, compartido con las otras instancias, jerárquicas o no, de la Iglesia, de lo que es oportuno llevar a cabo en el cumplimiento de la misión, y en concreto, en este caso, en los pasos a dar hacia la recuperación de la unidad perdida. A este criterio se suman todavía otros dos: el de las diferenciaciones teológicas, que su mismo «sentir con la Iglesia» le invitará a asumir para hacer de ellas instrumento técnicamente eficaz en su relación con quienes estructuran su fe común en torno a otros esquemas teológicos; y el de su opción por un servicio a la fe que incluya una promoción de la justicia, teniendo en cuenta que «la gran división de nuestro tiempo es más social y económica que confesional» (V. Codina), y que por lo tanto, no es honestamente posible atender responsable y esforzadamente a paliar las consecuencias de la segunda sin tomar en consideración los agudos problemas (por cierto, intrínsecamente relacionados con aquélla) que plantea la primera.

Además del intenso diálogo en torno a las ponencias, otras numerosas actividades conexas ocuparon a los jesuitas ecumenistas en su congreso: exposición de una veintena de comunicaciones, diligentes grupos de trabajo, presentación de informaciones sobre la situación interconfesional en diversas partes del mundo y sobre las distintas iniciativas, oficiales o no, que se encuentran en funcionamiento en este contexto, planteamiento de sugerencias para una pastoral y una formación teológica que contemplen tales realidades, minuciosa visita al Centro de Estudios Rusos Saint George de Meudon...

Quiero destacar solamente para concluir, y porque fue objeto de un seguimiento y participación especialmente interesados, la mesa redonda mantenida con tres invitados, activos exponentes de una sensibilidad y dedicación ecuménicas en Francia: el pastor Michel Freychet, de la Iglesia Reformada, coordinador de las relaciones con los católicos; el luterano André Birmelé, profesor de Teología y colaborador del Instituto Ecuménico de Estrasburgo; y el P. Damien Sicard, secretario de la Comisión para la Unidad de los Cristianos de la Conferencia Episcopal francesa. Sus explicaciones fueron muy útiles para completar y precisar informaciones respecto de la vivencia real de las relaciones interconfesionales en ese país, sus problemas y sus perspectivas de futuro. En cuanto a A. Birmelé, constatando que la mayoría de cuestiones que un tiempo fueron causa de ruptura y alejamiento han sido ya objeto de diálogo y nuevas aproximaciones, expresaba al mismo tiempo su deseo de que por fin se pueda pasar de un conjunto de acuerdos a un acuerdo de con-

junto, organizado en torno a un modelo de unidad en el que las diferencias quizá todavía subsistentes no supongan necesariamente división o separación.

Los congresistas de Chantilly no podían sino acompañar al profesor luterano en este augurio. Las tareas de la asamblea pudieron así ser valoradas como un pequeño paso más en la asecuración de tal objetivo: como manifestación de un concentrado esfuerzo alrededor de un tema de vital importancia para las Iglesias. El congreso volverá a reunirse, esta vez para el estudio específico del problema de las sectas, dentro de tres años en Río de Janeiro.

JOSE JOAQUIN ALEMANY, S.J.
Facultad de Teología
Universidad de Comillas-Madrid